

Espectáculos	5-6-21
Barcelona	6
Las Comarcas	8
Cinematografía	12
Los deportes	16
Vida económica	19
Religiosas	21
Información nacional	22
Información extranjera	27

Barcelona un mes	3'50 Ptas.
Provincias, " "	3'50 " "
Portugal, trimestre	11'50 " "
América, " "	11'50 " "
Demás países, " "	30' " "

## Comentarios libres

## Deberíamos ser optimistas

¿Qué va a pasar en las próximas elecciones? Amigos y conocidos me dirigen a diario esta pregunta, seguramente porque creen en las dotes augurales de los periodistas. Pero lo raro no es la interrogación en sí misma, sino el tono angustiado en que se me formula. Preguntan qué va a pasar en las próximas elecciones, como preguntaría qué va a ocurrir si nos hallásemos en vísperas de algún inevitable cataclismo. Por eso es que yo, reaccionando instintivamente, a la pregunta llena de zozobra suelo contestar sonriendo: Pues, pase lo que pase, no estaremos peor.

Entre todos le hemos dado a la contienda electoral que se aproxima unas proporciones apocalípticas. Unas proporciones falsas. Las elecciones venideras tienen, en verdad, una gran importancia. Pero de ellas no depende el fin del mundo, ni siquiera el de España. Las de abril de 1931 eran muchísimo más graves, y sin embargo fuimos a ellas alegremente, sin darnos cuenta de lo que representaban. Eso lo vimos después. Las de noviembre de 1933 eran también infinitamente más peligrosas que las venideras. Su resultado dejó a España colgando de un hilo, por espacio de varios días. Un hombre audaz, en aquellos momentos, hubiera podido transformar radicalmente la estructura política del país. Pero tampoco nos asustamos con exceso. El peligro vino, el peligro pasó, y España sigue tirando, como siempre. ¿Por qué, pues, asustarnos ahora?

La gravedad innegable de aquellas dos tremendas oleadas electorales, la de 1931 y la de 1933, hermanas gemelas, aunque de corriente opuesta, estuvo en que destruyeron radicalmente el equilibrio indispensable en toda navegación democrática normal, dejando al navío tumbado a la izquierda o a la derecha. Ahora, en cambio, tras esos dos bandazos que nos pusieron a punto de naufragar, viene la tercera oleada, y hasta los ciegos pueden percatarse de que no la rige ya un solo viento, como a sus antecesoras, sino que la empujan dos, y por cierto contrarios. Es innegable que ambos son huracanos: este es el riesgo evidente del nuevo golpe de mar que se avecina. Pero también es cierto que se contrarrestarán mutuamente, y por lo tanto no se necesita ser ningún Cristóbal Colón para calcular las grandes probabilidades que hay de que, finalmente, se enderece la nave y recobre un mejor y más soportable equilibrio. No hay, pues, en 1936, ninguna razón para temer lo que, en condiciones bastante peores, no temimos ni en 1933 ni en 1931. Al contrario: existen numerosos motivos para abrigar ahora una razonada esperanza que no podía acariciarse entonces. Y yo quisiera infundir a mis lectores — por encima de los enconos partidistas que lo envenenan y lo enturbian todo —, un poco de claridad en el pensamiento, unas gotas de optimismo en el corazón.

¿Qué puede ocurrir? ¿Que ganen las derechas? ¿Que ganen las izquierdas? Bien: y en uno y otro caso, ¿qué? ¿Se va a hundir el firmamento, se va a acabar España, por eso?... Otros momentos mucho peores ha conocido nuestro país, sin que por ello el cielo se le desplomase encima. ¡Dejad que digan los partidos políticos! ¡Dejad que escriban sus periódicos! ¡Dejad que pastelean sus representantes! Nunca, tal vez, se habían oído, leído y hecho en España las barbaridades que se oyen, leen y hacen estos días. Pero, ¿y eso, qué? Eso demuestra que nuestras costumbres políticas son de un mal gusto intolerable, un primitivismo atroz y una mala fe muy castiza. Pensemos, sin embargo, que en el fondo de todo eso hay una dosis extraordinaria de histriónico candor. Eso significa que es verdadera la vibración del país, cosa excelente, y que los partidos se preocupan del ciudadano elector, en vez de despreciarlo como antaño. Significa, también, que en España hay una gran masa neutra — afortunadamente —, y que los partidismos en lucha se la disputan con las uñas y los dientes. Dados la ideología tronada, la pobreza individual y el antagonismo cerril de la mayoría de los partidos políticos españoles, sería una verdadera catástrofe que los ciudadanos todos, en masa, estuviésemos afiliados a ellos. Nos volveríamos tontos y nos convertirían en fieras. Ahora los partidos saben perfectamente que ellos son muy poca cosa, casi nada más que máquinas electorales, y que lo decisivo es la gran masa neutra, a la que hay que conquistar. De ahí tanto aspaviento, tanta exageración, tanta cuquería en los partidos. Son voceadores de feria que pregonan la excelstitud y la exclusividad de sus remedios de curanderismo. No tratan un poco — un poco demasiado — como a un rebaño de catetos. Pero, ¿qué le vamos a hacer! No saben ellos más, ni tal vez nosotros merezcamos menos. Lo importante, en resumidas cuentas, es que con sus altavoces y su estruendosa propaganda no nos hagan perder la cabeza. Que conservemos nosotros

el sentido de la realidad — la más alta merced que Dios hizo al hombre —, y después de oírles a todos con la imprescindible ironía que requiere el caso, sepamos qué hay de verdad y qué de exageración en sus pregones, y no soltemos el real de entrada, quiero decir el voto, sino con exacto conocimiento de lo que pueden darnos, incluso aquellos cuyas zalamerías nos atraen más.

Exageran enormemente unos y otros: no perdamos nunca de vista este axioma básico. Y si nosotros estuviésemos en su lugar — seamos rectos —, no tendríamos más remedio que hacer lo mismo, porque el político es como el actor, que si no habla en un tono anormal, si no finge un pensar y no aparenta un sentir a la medida de su público, no vive. Esta necesidad inherente al juego mismo de la política, se complica con el hecho de regir en España una monstruosa ley electoral, vergüenza de las Cortes que la votaron, y de sus sucesoras, que no la sustituyeron. Gracias a ella, nos encontramos ante la absurda división del país en dos únicos y disparatados bandos antagónicos, de contextura falsamente melodramática: derechas e izquierdas, reacción y revolución. De ahí las dificultades enormes con que en una y otra parte se tropieza, para encajar en tan estrecho y estrambótico molde artificial la realidad viva y muchísimo más matizada de la conciencia española. De ahí esa monstruosa mescolanza, a un lado, de liberales con comunistas, y de socialistas con burgueses, y al otro, de centralistas con autonomistas, y de monárquicos con republicanos. De ahí, por tanto, la propaganda frenética, catastrófica y apocalíptica de ambos contendientes, pues únicamente ante un peligro tan espantoso como el fin del mundo se podría ver de justificar un tan desatentado e irracional contubernio. De ahí, por fin, el hecho lamentable de que las próximas elecciones vengan montadas sobre una plataforma que es una pura falsedad, y cuando precisamente España va a hacer un esfuerzo para recobrar, con las inevitables deficiencias, pero también con innegables ventajas, el perdido equilibrio entre sus principales fuerzas políticas, semejante operación de mejoría sea presentada como un salto en las tinieblas o un combate mitológico entre Ormuz y Arimán.

No, no temáis, españoles. Si ganan las derechas, es insensato pensar que, trabadas reciamente por una fuerte oposición de izquierdas, se arriesguen a intentar, con notoria imprudencia, lo que no pudieron hacer en 1933. Esos anuncios de golpes de Estado, de cambios violentos, de implantaciones inquisitoriales y reacciones absolutistas, estará bien, en todo caso, que se usen como argumentos de baja propaganda, ya que el sistema electoral y las costumbres partidistas que padecemos, así lo exigen. Pero pretender que los electores sensatos se los crean de buena fe, eso no. Si ganan las izquierdas, tampoco podrán hacer ahora lo que no realizaron en 1931, cuando quedaron dueñas absolutas del país, porque ahora el contrapeso de las derechas será tan formidable, aunque debiese ejercerse desde la oposición, que no habrá medio de atropellarlas impunemente. Y si, como todo parece anunciar, tanto si ganan las derechas, como si ganan las izquierdas, izquierdas y derechas vendrán obligadas a contar con su mutua existencia, ¿no es lógico aguardar los resultados de la próxima contienda electoral, con muchas más esperanzas fundadas de un futuro comienzo de equilibrio, que las que pudieron jamás abrigarse en 1933 y 1931? ¿Por qué, pues, desesperar? ¿Por qué encogerse y predecir toda suerte de calamidades, cuando las ocasiones angostas, que fueron de verdadero peligro, van quedando atrás, y hacia adelante parecen entreabrirse perspectivas más serenas, más amplias?

En pocas palabras: yo soy plenamente optimista en cuanto a las circunstancias. Jamás, desde que se implantó el nuevo régimen, España ha estado lógicamente en tan buenas condiciones como ahora, para entrar en un período de asentamiento y estabilidad. El único pesimismo mío — y no es que sea leve —, se refiere a los hombres, y en especial a nuestros políticos y sus proverbiales torpezas. Pero conste que si España, en 1936, no se endereza y asienta sobre su línea de flotación, y no comienza a navegar normalmente, la culpa no será del mar, ni del viento, ni siquiera del navío, sino única y exclusivamente de sus insensatos tripulantes.

GAZIEL

## La tragedia de O'Donnell

(4 enero 1836)

Triunfa la política exaltada y queda Barcelona por la revolución (julio-octubre de 1835). — Nuevos y execrables crímenes, siempre impunes. — O'Donnell asesinado y quemado en la Rambla, como Bassa (4 enero 1836). — Simulacro de deportación de criminales a Canarias (enero de 1836).

Mal año fué para España el de 1835, así por el crecimiento de la guerra civil como por el desenfreno revolucionario que aquí culminó en la quema de conventos, el asesinato del general Bassa, la abolición de Ordenes religiosos y otros desastres. Al frente de un Ministerio moderado que sucedió al de Martínez de la Rosa, trató de encauzar tanto desastre José María Queipo de Llano, más conocido por Conde de Toreno, aguantando cuanto pudo su espinoso cargo.

Los anarquizantes de Barcelona habían llegado a la meta después de avasallar a la suprema autoridad y repudiar al Gobierno de Madrid, del que vivieron más de dos meses separados, hasta caer el Ministerio moderado.

Esperaba Toreno reforzar su Ministerio con la aportación del prestigio que supuso iba a darle al llegar de Londres otro personaje que como político era una incógnita, Juan Alvarez Mendizábal, de quien se confiaba encauzaría nuestra malparada hacienda. Todo lo necesitaba aquella situación, que veía asomar el motín en todas partes.

Un grupo de anarquizantes en la Mancha, dirigido por el conde de las Navas, estaba siempre en escena. A otros revoltosos de Galicia, les acudillaba su propio capitán general, Pabco Morillo. Las escasas tropas que el general Laire se llevó para sujetar a los sediciosos andaluces, abandonaron a sus jefes. Por doquier las discolas Milicias Urbanas se convertían en cabezas de motín. Ante esta cadena de revueltas aumentaron los carlistas, irrumpiendo en León, Santander y Asturias.

Sin que el principio de autoridad apareciera por ningún lado y cuando todos se atrevían a todo, no era mucho que un Francisco Raul, desde las páginas de «El Propagador de la Libertad», encarándose insultantemente con el jefe del Gobierno, le amenazara con un «dorenicidio». Poco era ello, si consideramos que antes de un año debía presentarse España el vergonzoso espectáculo de atreverse unos sargentos a encararse tumultuosamente al mismo solio real.

La ayuda que de Alvarez Mendizábal esperaba Toreno, fué la puntilla que le derribó. La intriga sedujo a Mendizábal y en aquellos días de rápida actuación política, prestóse a enfrentarse con Toreno, costándole ya muy poco derribarle, alzarse en caudillo de las huestes exaltadas y reemplazarle con otro Gobierno propio, formando un Ministerio sin prestigio.

Cifró su afianzamiento político en favorecer con empleos a los elementos discolos; en un voto de confianza de las Cortes, que lo elevaron a dictador (16 noviembre 1835) y en disposiciones antirreligiosas con las cuales creyó dar carne a la fiera (11 octubre 1835 y 8 marzo 1836), suprimiendo conventos y entregando las propiedades de éstos a los llamados bienes nacionales.

La filiación anarquizante de Mina, apenas le permitía mantener un orden ficticio en Barcelona. Contrarióle la impopularidad de Mendizábal entre el elemento fabril, por la entrada de manufacturas inglesas. Trataba de atajar la guerra civil con duro rigor, que imitado en los pueblos, promovió medidas execrables en múltiples localidades. Las dolencias que aquejaban a Mina, en 1835 y 1836, le hicieron irascible.

El pretexto ostentado por los agitadores en 1835 fué obtener la Constitución de 1812. Mina, al salir, en diciembre, contra los carlistas, llegó a un acuerdo con los comandantes de las milicias, que a su regreso realizaría la deseada promulgación; cosa que dejó de realizar, pues el orden se perturbó grandemente. Veamos cómo.

Mientras Mina entraba por la fuerza de las armas en el santuario de Lort, en la sierra de Cadi (26 diciembre 1835), era decretada la revuelta en Barcelona por quienes manejaban este tinglado. Se carecía de pretexto, pero el sistema era inventarlo.

Espárciese entre la plebe un rumor calumnioso de que en Esparraguera los carlistas habían fusilado a treinta milicianos y a una compañía de Saboya. Y cuando se descubrió la falsedad del notición alarmante, el mal proyectado ya estaba sin remedio.

Era el 4 de enero de 1836 cuando los asaltados de siempre, vociferando vivas y mueras, se dirigieron a la Ciudadela en son de amenaza. Allí mandaba el general Pastors, actuando de segundo cabo Antonio María Alvarez, al parecer comprometido en el complot. Entraron los revoltosos en la fortaleza, donde ninguna medida se había tomado para atajarles el paso. Ya en el interior de la Ciudadela irrumpieron contra los prisioneros carlistas y tomando las llaves de sus calabozos los pasaron a cuchillo uno a uno. La hecatombe la inició el bravo coronel de caballería Juan O'Donnell, el primero en sublevarse y contra quien, al parecer, iba principalmente dirigido aquel motín.

Dicho militar era hermano de Leopoldo O'Donnell, que tanto elevó el partido liberal. Se le cree gran amigo de Pastors, por haber mejorado la lobreguez de la cárcel. Al escuchar la gritaría de los asaltantes, pidió por favor que, al menos, le facilitasen una espada, para morir defendiéndose y no vilmente acuchillado como una bestia dañina.

Muerto O'Donnell, echaron su cuerpo al foso de la fortaleza, arrastrándolo luego por nuestras calles hasta la Rambla, y a semejanza de lo actuado, medio año antes, con el general Bassa, levantaron una hoguera y convirtieron el cadáver en cenizas.

También fueron amontonados y consumidos en otra pira, dentro de la misma Ciudadela, los demás prisioneros allí asesinados. Pasaron luego a ejecutar más víctimas con otros prisioneros encerrados en las Atarazanas, en las torres de Canaletas y aun en las camas del Hospital Militar, sin oposición alguna. No constan los nombres de estas víctimas en los libros de óbitos de Barcelona.

La complicidad de Alvarez se patentizó al día siguiente, al dirigir frases de encomio a los nacionales, cual si aludiese a tales crímenes. Asimismo, en otro escrito, con su firma al pie, aludía a aquellas «escenas lamentables, que preciso es las apartemos de la memoria». Ninguna frase condenatoria, ni menos el menor castigo para nadie. Mina cuidó de ello, al regresar el 6 de enero.

Pero el plan de la bullanga no terminaba con los asesinatos del día 4. A la siguiente jornada salieron los amotinados a su guardia de siempre, el café de la Noria o de la Sinia, sacando una tabla preparada con el lema «Viva la Constitución de 1812», la colocaron en la balaustrada del terrado de la Lonja, alumbrándola con hachas y poniendo a cada lado un centinela del batallón 12 Ligero de la milicia, apodado de la «blusa», por una especie de camisola azul que constituía su uniforme. Este batallón tenía fama de ser el más revolucionario de Barcelona.

Todas las milicias acudieron a la Plaza de Palacio, unos gritando «Viva la Constitución de 1812» y otros silenciosos. Aquella discordancia evidente la acabó inopinadamente Alvarez, situándose en medio de la plaza y enfrentándose con los revoltosos gritó que los que quisiesen asegurar el orden, le siguieran. Todos los batallones de la milicia desfilaron en pos de él.

Mina, al llegar de la que fué su última campaña militar, pues una enfermedad de muerte no le dejó ya en todo el 1836, aparentó castigar el motín, destituyendo a Pastors de gobernador de la Ciudadela y desterrando a Canarias al escribano Raul, al comerciante Gironalla, al literato Soler, al poeta reusense Pedro Mata (los cuatro, redactores de «El Propagador de la Libertad») y también al concejal Degollada, a Montero, Ferrer, Balart, Vila, Xaudaró, Gil y Rojas. Aun excusóse Mina de tales deportaciones, y alegó que de haberles formado causa, el fallo les traería consecuencias; per que las deportaciones se cancelarían luego con indultos. Así fué que a los pocos meses todos ellos ya habían podido volver a las andadas.

Mendizábal, viéndose caer aprisa, apeló a medidas extremas e ineficaces. Disolvió las Cortes; favoreció cuanto pudo a los revolucionarios y preparó un tristísimo año 1836, dentro del cual falleció Francisco Espoz y Mina (24 diciembre), al que Pi y Arimán conceptuaba como el único hombre capaz de tener a raya las bullangas barcelonesas.

Estas continuaron, y de qué modo! Uno de los disturbios los motivó la ley sobre las conspiraciones, cosa bien natural en conspiradores. Los milicianos se sublevaban con frecuencia. En 13 de enero de 1837 parecía inevitable el derramamiento de sangre por su causa; pero el 14 se desarmaron los batallones de la «blusa» y el de zapadores; se espurgaron los demás, y fué cambiado el Ayuntamiento. Ello dió pretexto a una última revuelta, con barricadas en la plaza de San Jaime. Dominada al día siguiente y preso Xaudaró, que la capitaneaba, fué fusilado. El principio de autoridad volvió a vislumbrarse después de dos años tan vergonzosos como los que se acababan de pasar; la paz en Barcelona se arraigó... hasta que Espartero volvió a perturbarla, en 1840.

FRANCISCO CARRER S CANDI

Hoy publicamos en nuestra «Información Extranjera», un magnífico artículo de nuestro ilustre colaborador, Mr. DAVID LLOYD GEORGE, titulado

## Homenaje al Rey que acaba de morir

en el que el eminente político inglés pone de relieve la personalidad de Jorge V